



Una visitante contempla *Retrato de Enric Cristòfol Ricart (1917)*, de Joan Miró, en el MoMA

Una exposición en CaixaForum revisa la influencia que el arte japonés tuvo en España y especialmente en Barcelona durante la segunda mitad del siglo XIX

La fiebre del japonismo

TERESA SESÉ
Barcelona

La fiebre del japonismo que arrasó Europa a finales del siglo XIX se cebó con especial virulencia en España y, sobre todo, en Barcelona, ciudad que llegó a contar con dos museos dedicados al arte japonés y varias tiendas especializadas cerca de la calle Ferran y el Portal de l'Àngel adonde acudían a comprar gentes como Rusiñol o Anglada Camarasa. El descubrimiento de un nuevo mundo, con lo que ello encierra siempre de promesa ilusionante -Japón había permanecido recluido en sí mismo durante dos siglos y no fue hasta 1958 cuando abrió sus puertas a Occidente-, cayó como agua de mayo en una escena artística que se encontraba esclerótica de ideas, pero acabó colándose en todos los ámbitos de la sociedad e inundando las vidas cotidianas de las gentes a través de espectáculos, ópera y obras teatrales de temática japonesa, o de imágenes omnipresentes como, por ejemplo, esas idealizadas geishas estampadas en los frascos de colonias, cajetillas de cigarrillos o las tabletas de chocolates... La exposición *Japonismo. La fascinación por el arte japonés*, abierta desde hoy al público en CaixaForum, aborda por primera vez este fenómeno en el ámbito español y lo hace, de la mano de su joven comisario Ricard Bru, con una ambición, un desparpajo y un rigor histórico admirables.

Ricard Bru ha dedicado los últimos tres años de su vida a rastrear la influencia que el arte japonés ejerció en el arte español del siglo XIX -"es un fenómeno esencial para poder entender el arte de finales del siglo XIX", defiende-, indagando en museos y en casas de coleccionistas (más de 600) hasta reunir las más de trescientas piezas que conforman la muestra, muchas de las cuales ven por primera vez la luz. Hay piezas en verdad extraordinarias, desde el retrato que James Tissot realizó del príncipe Tokugawa Akitake justo en el momento en que Japón ponía fin a su aislamiento hasta el que Joan

Miró hizo muchos años después, en 1917, de su amigo, el pintor y grabador Enric Cristòfol, con el que compartía su atracción por el arte japonés, y que el artista firma dentro de un cartucho vertical, a la manera de las estampas japonesas. El cuadro llega directamente del MoMA y es de esos que sólo por poder disfrutarlo de cerca vale ya la pe-



Mujer entre la lluvia (1870)

La muestra reúne más de 300 obras, muchas de ellas procedentes de colecciones privadas

na la visita a CaixaForum, pero desde luego, más allá del poder de seducción de algunas piezas, el gran atractivo de la muestra es el rico relato que construyen todas ellas.

La moda del japonismo -es una manera de hablar, porque no tuvo nada de pasajero- llegó a Barcelona vía París, y especialmente de la mano de Marià Fortuny, pero el auténtico auge no

tuvo lugar hasta la celebración de la Exposición Universal de 1888, en la que Japón tuvo una participación destacada, con su aura de país exótico y fantástico pero también civilizado y moderno. Bru ha recuperado algunas de las piezas que se presentaron en el pabellón del palacio de la industria, incluido el mueble que la casa imperial japonesa regaló a la reina María Cristina o un conmovedor desnudo femenino de Kume Keiichiro. Además de las adquisiciones allí realizadas por coleccionistas, como Josep Mansana -cuya importante colección se dispersó tras su salida de España huyendo de la Guerra Civil, y a la que el comisario dedica más adelante un capítulo propio-, el Ayuntamiento de Barcelona compró en el pabellón una colección de grabados japoneses actualmente conservada en el Museu Nacional d'Art de Catalunya. También del MNAC procede la emblemática *Bajo la ola de Kanagawa*, estampa que fascinó en Occidente, y de la que han realizado versiones desde Ramon Casas hasta Salvador Dalí (en el techo del Palauet Albéniz). De este último, ya al final del recorrido -el viaje acaba con la Guerra Civil, aunque según Bru la influencia a partir de ahí sería motivo de otra muestra- una obra de juventud, concretamente un biombo en el que, ay, confunde elementos chinos por japoneses.

Japonismo. La fascinación por el arte japonés hace un alto también en importantes colecciones, algunas de ellas abiertas al público, como la del diplomático Herr Richard Landau en paseo de Gràcia o la de Carles Maristany, traída del Japón en 1880 y que se exhibía en el pabellón imperial japonés. Y, por supuesto, se recrea en el momento en el que el modernismo convierte el arte japonés en un rasgo de la modernidad de finales de siglo a través de múltiples ejemplos, desde las joyas de Masriera hasta las grandes vidrieras de Frederic Vidal, pasando por obras de Santiago Rusiñol, Masriera, Pinós o Mir. ¿Qué pasó después? La historia sigue, y ahora serán en buena medida los poetas los que, desterrado el exotismo, reconvertirán su atracción por lo nipón en forma de haikus. ●

Sergi Pàmies



La próstata es literaria

En 1992 se publicó, de manera póstuma, *Ebrio de enfermedad*, de Anatole Broyard, que lleva unas semanas en nuestras librerías gracias al sello Ediciones de la Uña Rota (con los nombres de las pequeñas editoriales ocurre como con los grupos musicales de los años ochenta: la inflación creativa no tiene límites). Pese a ser crítico literario, Broyard consiguió acumular un prestigio basado en la honestidad, el rigor, un gusto poco sectario y una biografía que contenía todos los estados de la materia libresco: lector precoz y entusiasta, hombre de acción, librero en Nueva York, escritor de narrativa breve, publicista ocasional y figura influyente de la crítica norteamericana.

Ebrio de enfermedad recopila los textos, desgraciadamente inacabados, que Broyard empezó a escribir poco después de que le fuera diagnosticado el cáncer de próstata que lo acabó matando. Ya sé que, de entrada, otro libro sobre enfermedades y cánceres puede intimidar a los lectores más aprensivos. En este, sin embargo, no encontrarán ni falsas redenciones, ni sentimentalismo morboso, ni erudición médica, ni arrebatos new age, ni narcisismo victimista.

Aquí el enfermo encuentra en la reflexión sobre su propia experiencia y en la disciplina de contarla por escrito un recurso terapéutico que convierte la literatura en un elemento crucial del tratamiento. La primera consecuencia se transmite al estilo, directo (sin ser gregario), culto (sin ser pedante) y vital. Dos muestras: "Mi urólogo, que es bastante famoso, quiso amputarme los testículos, pero yo entendí que eso sería lo mismo que perder la batalla nada más comenzarla" o "Para llegar a mi cuerpo, mi mé-

Broyard habla de la enfermedad en un tono directo, vital, que va más allá del "deseo de vivir"

dico tiene que llegar a mi carácter. Tiene que atravesar mi alma. No basta con que me atraviese el ano. Eso es la puerta de atrás de mi personalidad".

Broyard no comulga con el discurso más convencional y simplista de recurrir al "deseo de vivir" como antídoto contra el veneno de una enfermedad grave. Como alternativa, propone buscar un estilo propio, aunque la seña más característica de este estilo sea la irreverencia, la rebeldía o, como en su caso, la decisión de menospreciar el cáncer (o, en otro momento, proponer que cambien los protocolos hospitalarios: en eso recuerda las opiniones de Albert Espinosa). Pasado por el filtro de la prosa, el cáncer acaba siendo la metáfora del dolor (físico, psicológico, espiritual) entendido en todas sus dimensiones y el pretexto para que, hasta el final, prevalezca el arte sobre la vida, la literatura sobre la muerte. Hace unos meses, comentando las nuevas tendencias literarias, una veterana editora francesa me contó que cada vez recibía más manuscritos sobre enfermedades. "Empiezo a hartarme de tanta próstata", dijo. Tras leer este inteligente *Ebrio de enfermedad*, le he enviado un e-mail para recomendarle que, si está traducido en Francia, lo lea, y que, si no lo está, lo publique "malgré la prostate".